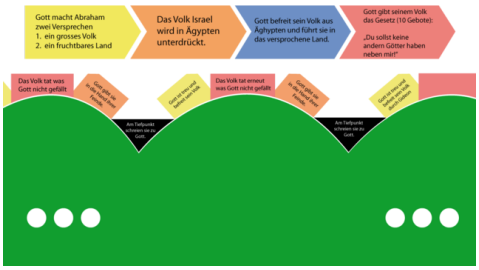
Devoción: La vocación de Gedeón



Texto bíblico: Jueces 6, 1-24

El libro de los Jueces describe un ciclo recurrente (el pueblo se aleja de Dios, es castigado por Dios por ello, en el punto más bajo vuelve a clamar a Dios, Dios llama a un juez y libera al pueblo de la mano de sus enemigos, pero entonces vuelve a alejarse de Dios). Este ciclo forma parte de esta devoción, pero la prehistoria también se considera brevemente en un teatro. En última instancia, nos interesa saber por qué Dios los libra repetidamente de la mano de sus enemigos.

Prehistoria

* Dios hace dos promesas a Abraham
* El pueblo de Israel es esclavizado en Egipto
* Dios libera al pueblo de Israel de las manos de sus enemigos
* Dios da al pueblo la ley

Empezando con el teatro

Hace muchos, muchos años vivía un hombre que se llamaba Abraham. (Confió en Dios y Dios le hizo dos promesas. "¡Abraham!", le dijo, "te haré padre de una gran nación. Tus hijos serán tan numerosos como las arenas del mar, como las estrellas del cielo" Y Dios continuó prometiéndole una tierra fértil, una tierra que manaba leche y miel. Pasaron muchos años y el pueblo crecía cada vez más. (La segunda persona simboliza al pueblo.) Pero, ¿y la tierra? Debió de haber problemas. El pueblo acabó en Egipto y fue esclavizado y oprimido. (La 3ª persona con el látigo representa la esclavitud.) Tuvieron que realizar trabajos forzados. Pero Dios es misericordioso y cumple su promesa. Llama a un hombre: se llamaba Moisés. (La 4ª persona toma las otras dos) A través de él, Dios liberó a su pueblo Israel de la esclavitud, ya sabes, murieron muchas vacas, ranas, granizo, mosquitos y otras bonitas plagas similares que ideó y dejó que ocurrieran para preparar al Faraón y que el pueblo pudiera irse. En el camino, Dios les dio la ley, que comienza así: "¡Yo soy Yahveh tu Dios! Yo te he sacado de Egipto, te he liberado de la esclavitud. No tendrás dioses ajenos delante de mí". Así, Dios los condujo a través del desierto, el Mar Rojo y varios desvíos hasta la tierra prometida.

El ciclo en el Libro de los Jueces

* El pueblo hace lo que desagrada a Dios
* Dios castiga a su pueblo por su desobediencia y lo entrega en manos de sus enemigos
* En su punto más bajo, claman a Dios

* Dios nombra un juez y libera a su pueblo de las manos de sus enemigos

Parte principal

Una vez en la tierra, Dios dejó deliberadamente algunas naciones. Quería poner a prueba la confianza de su pueblo. Ahora estamos en la época de los jueces. Durante este tiempo, hubo un comportamiento que se repitió constantemente. Se dice varias veces: "Pero el pueblo hizo lo que desagrada a Dios". ¿Qué hicieron concretamente? Tomaron mujeres de los pueblos que vivían en aquella tierra y adoraron a sus dioses. ¿Recuerdas cuál fue el primer mandamiento que Dios dio a su pueblo? Así es: No tendrás dioses ajenos delante de mí. ¿Qué hizo Dios en esta situación? Los entregó en manos de sus enemigos. Los dominaron y los oprimieron. Casi tocando fondo, el pueblo volvió a clamar a Dios y Dios los escuchó y nombró un juez. Este tenía la tarea de liberar al pueblo.

Pero en cuanto fueron ayudados, volvieron a alejarse de Dios. Lo mismo ocurrió en la historia de Gedeón. Incluso entonces, el pueblo volvió a alejarse de Dios e hizo cosas que no le agradaban. Por eso los entregó en manos de sus enemigos durante siete años, y no eran precisamente remilgados. Cada vez que los israelitas sembraban grano, los otros pueblos marchaban por los campos y destruían toda la cosecha, además de robar todo el ganado: ovejas, cabras, vacas y burros. Los enemigos eran tan numerosos como las langostas y el pueblo quedaba en la miseria.

Ya podemos adivinar lo que ocurre. Volvieron a clamar a Dios. Y Dios envió primero a un profeta. Les dijo: "Así dice Yahveh, el Dios de Israel. Os he librado de la esclavitud en Egipto y os he traído aquí. Os rescaté de los egipcios y de las manos de todas las naciones que os oprimían. Expulsé a estas naciones de su tierra y te la di a ti. Y os dije: No adoréis a los dioses de los amorreos, en cuya tierra vivís Pero no me escuchasteis"

Ellos sabían todo esto, se lo habían dicho una y otra vez. En la mesa hablaban de los milagros de Dios y, sin embargo, volvieron a darle la espalda. Hay algo que me fascina, y es que Dios es fiel a sus promesas. Después de todo, prácticamente garantizó a Abraham que daría a sus descendientes esta tierra. No abandona a su pueblo, que tantas veces le ha dado la espalda. Esta vez nombra a Gedeón juez de las naciones para liberarlas de las manos de las otras naciones.

Gedeón estaba trillando trigo, como ya hemos visto hoy. No lo hacía en su entorno habitual, sino que primero había puesto el trigo a salvo de los madianitas. Entonces le salió al encuentro el ángel de Yahveh, o también podría decirse el mensajero de Yahveh. Gedeón no reconoció inmediatamente que estaba hablando con un ángel. Le dijo: "¡Dios contigo, valiente guerrero!" ¿Cómo habríamos reaccionado nosotros ante semejante saludo? ¿Nos habríamos alegrado? El pueblo estaba oprimido y se encontraba mal. Gedeón, por su parte, fue completamente sincero. Respondió: "Si Dios está con nosotros, ¿cómo puede ocurrirnos tanta desgracia? Él nos trajo desde Egipto. ¿Adónde se han ido todos sus milagros? No, Dios nos ha dado la espalda, nos ha abandonado y nos ha entregado a los madianitas" Pero Yahveh respondió: "Eres fuerte y valiente, Gedeón. Ve y rescata a Israel de la mano de los madianitas. Yo te envío" Genial, pensó Gidieon. ¿Por qué yo? Su familia era la más pequeña de su tribu y él era también el más joven de la familia. Simplemente pensó. Nunca lo lograré. ¿Cómo podría lograrlo? Pero Yahveh le dijo: "Yo estaré a tu lado y derrotarás a los madianitas de un solo golpe" Y Dios le dio otra clara señal. Gedeón corrió a su casa y regresó con algo de comida. Puso carne y pan sobre una roca. El ángel la tocó con el

bastón que tenía en la mano y de la roca brotó fuego que lo distorsionó todo. Esto dejó claro a Gedeón que Dios hablaba en serio. Y para entonces el ángel ya no estaba allí.

Parte práctica y reflexiones finales

Ahora a nosotros: Dios también nos hace una promesa. Nos promete que quiere salvar a todos los que confían en Jesús de todo corazón. Al final del Evangelio de Juan (uno de los libros en los que se relata con detalle la vida de Jesús) dice casi al final:

lo que aquí consta se ha escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo en él, os salvéis en su nombre" (Jn 20,31).

Esta es la promesa que Dios nos hace. Él se aferra a esta promesa. No hay nada que temblar.

Nosotros también nos hemos apartado de Dios una y otra vez. Tal vez hayamos discutido con nuestros hermanos, tal vez hayamos ofendido a un compañero de clase o de trabajo, tal vez hayamos mentido y hayamos pensado que era una mentirijilla. Ninguno de nosotros es perfecto. Simplemente no podemos afirmar que siempre agradamos a Dios. También conocemos esta tendencia descendente en la vida. También conocemos situaciones en las que hemos actuado mal. Por desgracia, las conocemos demasiado bien.

Pero Dios tiene paciencia con nosotros, como la tuvo con su pueblo, que le daba la espalda. Cuando la gente clamaba a él, los ayudaba a salir de su angustia.

La Biblia dice:

Si confesamos nuestros pecados, Dios se muestra fiel y justo: nos perdona nuestros pecados y nos limpia de todas las maldades 'que hemos cometido' (1 Juan 1:9).

La fidelidad exige siempre una promesa. Dios ha prometido que nos perdonará por medio de Jesucristo, que murió en nuestro lugar por nuestros pecados, y lo hará incondicionalmente si se lo pedimos. Una simple oración basta para hacer las paces con Dios. Podemos decirle a Dios todo lo que hemos hecho mal. Él se alegra cuando reconocemos nuestros errores y queremos vivir con él. Por eso Dios es fiel y justo, porque cumple sus promesas sin condiciones. Perdona nuestra culpa y nos limpia de todos los males que hemos cometido. En otras palabras, nos libera del peor enemigo de todos. Nos libera del poder del diablo o Satanás, nos libera de la culpa y del pecado y hace posible que vivamos con Él.